

**XXXIII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2021**

**Identidad, espacio y margen en escritos sobre la Patagonia Austral**

Clara Cameroni

Universidad de Buenos Aires

Buenas tardes a todas, todos. El trabajo que preparé para exponer en el día de hoy es un primer acercamiento al proyecto de doctorado que inicié este año. En esta ocasión, mi propuesta consiste en identificar y analizar las formas de representación que hacen, sobre comunidades fueguinas, las voces que narran en dos textos que me parecen interesantes de abordar de forma contrastiva. Se trata de, por un lado, la *Relación escrita y presentada al Emperador por Andrés de Urdaneta de los sucesos de la armada del comendador Loaysa desde el 24 de julio de 1525 hasta el año 1535* de Andrés de Urdaneta y, por el otro, la novela *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre.

En el caso de Andrés de Urdaneta, él fue parte de la expedición comandada por García Jofré de Loaysa, que tenía como objetivo ir a las islas Molucas a fin de hacer un relevamiento del lugar y las posibilidades económicas que le podía brindar a la corona española. Al mismo tiempo, necesitaban conocer más sobre el papel que jugaban los portugueses en ese espacio. Para llegar a las islas Molucas decidieron navegar atravesando el Estrecho de Magallanes, en ese sentido, Juan Sebastián Elcano (uno de los acompañantes más importantes en esta expedición) había tenido una reciente experiencia, por ser uno de los protagonistas del viaje comandado por Fernando de Magallanes en 1522.

El otro texto trabajado acá, *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre, se publicó por primera vez en 1998 y se trata de una novela histórica que ha tenido una recepción y un éxito muy grande. Para quien no conoce esta novela, se trata de un hombre que vive en medio del campo, en Lobos (provincia de Buenos Aires) a mediados del siglo XIX, a quien le llega una carta de parte del gobierno inglés, en la que le piden que refiera la expedición que hizo junto a Robert Fitz Roy en 1829, a Cabo de Hornos, y lo sucedido con un indio yámana, bautizado como Yemmy Button. El motivo de este pedido de información es que, en 1860, cinco años antes del

tiempo presente en la novela, se había realizado un juicio contra Button, acusado de ser el iniciador de una rebelión contra la Misión de la isla Keppel, en la que hubo una matanza de hombres blancos. Guevara, el protagonista de la novela de Iparraguirre, además de haber participado de la expedición de Fitz Roy en 1829, también había asistido al juicio de Button en 1860, por lo que sabe sobre el caso.

Los textos seleccionados son muy disímiles entre sí: el primero se escribe en el siglo XVI y surge de un pedido real en contexto de conquista y ocupación territorial por parte de los españoles, es una relación no ficcional; el segundo se publica en el siglo XX y, si bien está sostenido y guiado por una investigación histórica y el análisis de fuentes primarias, es literatura, una ficción histórica. Sin embargo, existen elementos que permiten ponerlos en contacto: ambas voces narradoras son sujetos que escriben por un pedido de un organismo oficial, convocados a usar la palabra por el hecho de *haber estado ahí* (aunque, como veremos, el origen puro europeo del primero y el origen híbrido –padre inglés y madre criolla– del segundo, tendrán un peso importante en los modos de ver); además, en ambos textos, el *otro* con el que entra en relación el *sí-mismo* que narra es un sujeto indio fueguino, yagán o selk’nam en el primero, yámana en el segundo.

Lo que voy a intentar exponer en esta ocasión es cómo se identifica a ese *otro* indio en cada texto, cómo juega el *otro* en la construcción del *sí-mismo* que enuncia y qué rol tiene el espacio en el proceso de desarrollo de ambas identidades (el *otro* y el *sí-mismo*).

Invirtiendo un poco el orden de esos tres ejes, para pensar las maneras en que el *otro* es definido, es necesario, primero, analizar la voz que lo nombra. En la *Relación* de Urdaneta, me interesa enfocarme especialmente en dos cuestiones que se entrelazan: por un lado, la importancia que le da Urdaneta a dejar por escrito lo sucedido, sabe el peso que tiene la escritura en su tiempo, y se preocupa por cómo será vista su imagen a partir de lo que él registre; la otra cuestión, es el intercambio que hace entre el uso del “nosotros” y del “yo” a lo largo del texto, que responde a un motivo clave en la construcción del *sí-mismo* y del *otro*.

El escritor español hace especial hincapié en la necesidad e importancia que tiene registrar mediante la escritura lo visto, lo vivido, y en el provecho que se puede sacar de eso (no solo la Corona, por la información acerca del espacio y quienes lo habitan, sino también él mismo, por los servicios prestados). Por ejemplo, cito:

E por cuanto podía ser que el dicho Fernando de la Torre [capitán de la expedición] falleciese en el camino, ó le acaeciese otro desastre alguno, por lo cual no pasase á estas partes, perescionos bien que el dicho Fernando de la Torre hiciese alguna relación á V.M., é inviase conmigo. E así el dicho Fernando de la Torre hizo una relación muy breve para V.M., remitiendo lo demás á mí para que yo hiciese relación á V.M. E asimismo escribió una carta para V.M., donde hacía mención de los muchos y leales servicios que yo había hecho á V.S.M. en aquellas partes. (1946: 433)

Urdaneta es muy consciente de la importancia de su escritura en dos sentidos: por lado, porque cumple con una orden real (lo que equivale a decir: con el rey en persona) que, a su vez, puede devenir en posterior y esperado reconocimiento, y en una forma de supervivencia a través del tiempo. Pero, por otro, porque le permite despegarse del conjunto, ese “yo” sobresale del todo de la tripulación (no es “uno más”), porque es a quien se le encarga hacer la relación de lo sucedido, es quien asume la responsabilidad del “dar cuenta”, es él y solo él quien puede hacerlo.

Entonces, y en relación a la importancia de la escritura en este texto, encontramos ligada la segunda cuestión: el cambio de la primera persona plural a la primera singular, el vaivén entre un “nosotros” y un “yo” a lo largo del relato, dependiendo de la cuestión que se trate. No por casualidad hay momentos en los que el “yo” aparece más fuerte y, otros en los que, por el contrario, se funde en un “nosotros” que hace referencia a toda la tripulación.

La *Relación* de Urdaneta tiene, en total, 38 páginas, de las cuales solo cinco de ellas están dedicadas a la experiencia en el Estrecho de Magallanes. Es decir, es un período muy breve de su relato el que abarca ese espacio; sin embargo, cobra especial importancia por las dificultades que encuentran al atravesarlo. El espacio patagónico es sumamente hostil, es una de las versiones más agrestes e incontrolables de la naturaleza, la tripulación de la expedición debe enfrentar dificultades y sufrimientos extremos, debido a fenómenos propios del lugar: las tormentas, las mareas, la imposibilidad de conseguir comida, el exceso de trabajo que les significaba tener que traspasar el Estrecho. Es un espacio del que no se puede extraer ni obtener nada de valor.

A pesar de la dura experiencia del ambiente, esas características negativas no se trasladan hacia la imagen de sus habitantes, esos rasgos de hostilidad no son asociados a los indios del Estrecho. En dos ocasiones se menciona un “encuentro” con los indios del lugar. La primera de ellas, ya estando adentro del Estrecho:

Y en tierra vimos gente que eran Patagones, y como nos llegamos á donde estaban las carabelas, enviaron el esquife que era de la nao de Pedro de Vera en tierra, é ido allá, trujeron un Patagon á las

naos en el esquife, al cual le dieron de comer y beber vino, y le dieron otras *cositas* con que holgó mucho, en demas con un espejo, que como vio su figura dentro, él estaba tan espantado que *era cosa de ver* las cosas que hacia: también le demostraron oro é plata, mas no hizo mudamiento ninguno. El era grande de cuerpo y feo, y traía vestido una peleja de cebra, y en la cabeza un plumaje hecho de plumas de avestruces, y su arco, y unas abarcas en los pies; y como vió que se hacia noche, aseñaló que le llevasen á tierra. (1946: 403, las cursivas son mías)

El indio “invitado” al barco en ese primer encuentro se vuelve una forma de entretenimiento para los navegantes. La voz que escribe se adscribe a un *nosotros* que se encuentra en un espacio propio, el barco, sin descender al de ese “otro”, que es quien debe trasladarse al lugar de la cultura europea.

Sin nada que signifique importancia económica o militar, en un espacio por extremo hostil, habitado por indios que no representan una amenaza, mientras atraviesan el Estrecho, el sujeto enunciador de la *Relación* se sumerge en el “nosotros” de la tripulación. No hay un interés ni por el lugar ni por sus habitantes, solo busca dejar por escrito la “inconveniencia” económica del sitio y la imposibilidad de riqueza alguna.

En el segundo encuentro con los indios, ya habiendo desembarcado y antes de llegar al cabo de las Once Mil Vírgenes, se registra algo similar en torno a las posibilidades que ese espacio puede brindar y a la poca peligrosidad de sus habitantes:

É asi como desembarcamos en tierra, luego acudieron los patagones á nosotros, é nos pedieron por señas de comer é de beber, á los cuales les dimos de la mochilla que llevábamos, é fuimos á ver las estancias que tenían, y eran hechas de pelejas de cebras, á manera de chozas, é allí tenían sus mugeres é hijos; é cuando quieren ir a otra parte cojen sus pelejas, y echan á las mugeres acuestas, y ellos con sus arcos, y flechas se van. Unos diez dellos nos siguieron un dia é medio hasta que vieron que se iban acabando las mochillas, é despues se tornaron; é nosotros tardamos hasta donde estaba la nao perdida cuatro dias, aunque al tercero dia pensamos de perescer de sed, y con nuestras orinas nos remediamos, hasta que hallamos agua. (1946: 404)

Los indios acuden a los españoles para obtener comida y bebida, por su parte, los españoles rozan la muerte por el hambre y la sed. De hecho, les resulta muy difícil hacerse de comida si no es por el pescado y marisco que queda en la playa una vez que baja la marea. No hay una intención de tregua para con el espacio o los fueguinos, no se los quiere comprender ni se desea sacar beneficio alguno de ellos.

Una vez en las Islas Molucas, los “otros” ya no serán los indios, con quienes, en esa parte del mundo, tienen posibilidades de comunicarse en forma fluida y aliarse “en amistad” para enfrentar al enemigo común, es decir, los portugueses, los *otros* en esta parte de la *Relación*.

A esta altura del texto, el sujeto enunciador sufre un cambio: “Quiso nuestro Señor Dios, que *yo* como tenía mucha conversacion é amistad con muchos indios principales, é *sabía* bien la lengua de la tierra, *vine* á saber en cómo nos querian armar traición, é luego *dije* a nuestro capitán” (423, las cursivas son mías). Una vez en las Islas Molucas, donde existe un interés real por las especias y las riquezas del espacio, y donde el otro (portugués) adquiere relevancia por su carácter de enemigo que compete por dominar el territorio, surge un “yo” enunciador que, a diferencia del “nosotros” del Estrecho, se posiciona fuertemente en el relato, es alguien que *sabe* y *dice* la información que ayuda a la defensa y contraofensiva española.

La vara que utiliza Urdaneta para proponer a sus “otros”, está condicionada por la riqueza económica que puede dar el espacio que se transita: en el Estrecho de Magallanes, el *otro* va a ser tenido en cuenta en relación a la violencia de la naturaleza y su escasa capacidad de otorgar riqueza (no hay tal cosa más allá de lo que significa contar con esa ruta alternativa para el comercio). El indio no es hostil como su espacio, pero al resultar éste improductivo, aquél le resulta irrelevante a ese “nosotros” que no ve la necesidad de diferenciarse de sus compañeros europeos. En las islas Molucas, por el contrario, el otro son los portugueses, quienes tienen soberanía sobre las especias y metales preciosos del lugar. La importancia de ese *otro* está dada por el espacio que domina, por la importancia que tiene para la Corona. En ese sentido, la voz que enuncia siente la necesidad de posicionarse como un *yo*, destacándose de entre la grupalidad europea. Ese *yo* se construye a través de ese *otro* que resulta también una construcción.

Si se lo piensa de forma inversa, es el “otro” el que va a ir definiendo el papel que tuvo Urdaneta en la expedición, ya que cuanto más significativo en términos económicos sea ese “otro” en el contexto de expansión imperial, más claramente va a aparecer el “yo” que enuncia.

Ahora, pasando a la obra de Iparraguirre, la voz que narra es distinta a la de la *Relación* de Urdaneta, por lo que también será distinto ese *otro* que se construye.

En un recorrido que parte de Montevideo, pasa por Cabo de Hornos, atraviesa el Atlántico hacia Inglaterra, para años después recalar nuevamente en Cabo de Hornos, Jack Guevara, el sujeto que enuncia en *La tierra del fuego*, tiene la oportunidad de relacionarse con indios

yámanas, sobre todo con uno, al que acabarán bautizando Yemmy Button. Cuando, más de treinta años después, Guevara es convocado por la corona inglesa a relatar lo sucedido en la expedición junto a Fitz Roy y qué es lo que sabe sobre Button, tomará la pluma para volver sobre sus recuerdos y reconstruir y reconstruirse, en ese viaje por distintos momentos de su pasado.

Tres son los factores que se ponen en juego en la construcción del *sí-mismo* que escribe: ser, temporalidad y forma textual. El ser, es decir, el propio Guevara, es, de por sí, un *sí-mismo* diferente al de Urdaneta: él es un americano con doble ascendencia, en su persona confluyen lo inglés de su padre y lo criollo de su madre, con toda la complejidad que eso reviste: sabe leer y escribir, habla la lengua sajona y el español, tiene una relación de conocimiento con la naturaleza que lo rodea, vive alejado de cualquier pueblo pero permanece comunicado con el mundo, monta a caballo queriendo ganar el horizonte en los momentos en los que revivir el pasado se hace una tarea pesada.

Por su parte, la temporalidad del relato, un ir y venir permanente de Guevara entre recuerdos del pasado y el presente de la enunciación, adquiere gran relevancia en la construcción del sujeto enunciador, ya que cada hecho que se va evocando en la voz del personaje tiene un significado y un peso específico en la búsqueda de su propia identidad, en la búsqueda de respuestas a situaciones sin resolver y al entendimiento de sí mismo y del comportamiento humano en general. Los recuerdos van llegando a su mente en una forma de “catarsis”, a partir de ellos puede reflexionar sobre sus viajes, sobre los maltratos hacia los habitantes fueguinos, sobre su vida, sobre la humanidad.

En esa búsqueda entre los recuerdos, el relato adquiere variadas formas: al inicio, predomina el género epistolar con la carta-respuesta comenzada por pedido formal de un organismo oficial inglés, pero luego adquiere características de relato de viaje, de diario (íntimo) e, incluso, de discurso judicial.

Ser, temporalidad y forma textual, son aspectos que influyen y definen la manera de identificar, nombrar y referirse al *sí-mismo*. A partir de esa construcción identitaria, también se construirá al otro.

Guevara no es un nosotros (europeo) en oposición a un ellos (indio) como Urdaneta, tampoco es un nosotros (americano) en oposición a un ellos (europeo); Guevara es un ser híbrido que, a partir de su experiencia en la expedición de Fitz Roy entra en contacto con un *otro* que no le es indistinto: los indios yámanas.

A lo largo del periplo, Guevara trabará amistad con Button, de quien aprenderá algo de la lengua yámana, de sus costumbres, de su tierra, de su sabiduría. A su vez, Button aprenderá las costumbres y la lengua “civilizadas” del narrador. Al volver sobre sus recuerdos, identificará a ese otro como un amigo, un par, alguien no tan distinto a *sí-mismo*.

Si en Urdaneta, los indios que habitan un espacio que poco tiene para ofrecer, son “grandes de cuerpos y feos”, en *La tierra del fuego*, se trata de seres que son diestros, sensibles y místicos, dueños de conocimientos que pasan de generación en generación transmitidos por ancianos, creencias que se relacionan con el medio que los rodea, palabras precisas y silencios necesarios. En ese espacio, el *otro* es relevante en sí mismo, también es vasto, hermoso e inmenso como el paisaje.

Es cierto que, también en la expedición de Fitz Roy, así como en la de Urdaneta, los indios acaban siendo una suerte de espectáculo para los europeos, quienes los suben a sus barcos o los llevan a Europa para divertirse en base a su exotismo. Sin embargo, esa imagen anquilosada del *otro* como un ser exótico, digno de ser exhibido, que deviene de la percepción europea, encuentra un giro a partir de lo literario, descubre una nueva forma en Iparraguirre. Guevara, no se siente tan lejano a los indios. En la búsqueda de su propia identidad, además de su origen criollo y europeo, aparece un tercer elemento: lo indio, que se dibuja en el recuerdo de las facciones de su madre: “mi madre era una mujer delicada y morena, de pómulos altos y ojos oscuros” (2018: 38). Como americano, el narrador también tiene algo de esa tierra en su sangre.

El *sí-mismo* que narra en *La tierra del fuego*, no parte de Europa para explorar y conquistar un territorio *otro*, sino que parte de ese mismo territorio, un espacio que no le es ajeno del todo. Por eso, más que un objetivo o una misión a cumplir, en Guevara hay una búsqueda, un viaje hacia su propia identidad. Lo que permite la novela de Iparraguirre es introducir otro punto de vista que no sigue los “modos de mirar” de las relaciones, crónicas o diarios de viajes del europeo que se embarca hacia América. Ahora, el viaje tiene inicio en Argentina con un sujeto en el que conviven los tres posibles *otros*: el europeo, el criollo y el indio. Es un *sí-mismo* que se construye no por oposición sino por confluencia. El otro puede ser cualquiera (indio o europeo) y ninguno.

Esto logra darle un dinamismo particular a la obra, porque hay una forma diferente de *percibir*: la búsqueda de identidad de la voz narradora, también es la búsqueda del “otro indio” y

del “otro europeo”, el *sí-mismo*. A lo largo de esa carta-respuesta, el sujeto de enunciación vuelve a conocer el mundo de cada “otro”, pero lo hace desde su propio origen.

El proceso completo de la conquista europea sobre el pueblo yámana se transmite y traduce en la búsqueda de *sí-mismo* del sujeto enunciadador y de las preguntas que se formula: quién soy (yo), quién es (él), por qué hacen eso (ellos; que, más que a los indios, acaba por referirse a los ingleses).

Llegado a este punto del trabajo sobre ambas obras, me interesa pensar más en una *continuidad* y no ya en una *comparación* entre estos textos. Ya que, como se puede ver, se trata de cómo continúa la herencia eurocéntrica, en esa mirada definitoria hacia el “otro” fueguino como espectáculo y algo exótico, y cómo la literatura busca cuestionar y repensar la manera de mirar. La literatura juega un papel preponderante en tanto que, a través de ella, es posible rescatar lo que queda en los pliegues de la historia, es decir, lo silenciado, lo omitido, lo que no se desea recordar. Muchas Gracias.

### **Bibliografía:**

- Adorno, R. (1988). “El sujeto colonial y la construcción cultural de alteridad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar. Año 14, N° 28, 55-68.
- Benites, M.J. (2014). “‘Vigilias, fatigas y peregrinaciones’: viaje, relato y desamparo en los confines del imperio”, en *Telar*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, pp. 11-12.
- Iparraguirre, S. (2018). *La Tierra del Fuego*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria*. Buenos Aires: Biblos.
- Livon-Grosman, E. (2003). *Geografías imaginarias: el relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Urdaneta, A. de (1946). “Relación escrita y presentada al Emperador por Andrés de Urdaneta de los sucesos de la armada del comendador Loaysa, desde el 24 de julio de 1525 hasta el año 1535”, en *Colección de los viages y descubrimientos*, Martín Fernández de Navarrete (coord.), tomo V. Buenos Aires: Guaranía, [1536], pp. 401-439.